

MÁS DATOS PARA LA VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN

I

a) Expediciones marítimas de portugueses y andaluces á Guinea.



NO de los puntos más discutidos y menos averiguados de la vida de Colón es el de la fecha de su arribo á Portugal. Su hijo D. Fernando, en el capítulo V de sus *Historias*, escribió que «la causa de la venida del Almirante en España, »y de haberse él dado á las cosas de la mar, fué »un hombre señalado de su nombre y familia, »llamado el Colombo, muy nombrado y temido »por la mar, por la gruesa armada que traía »contra infieles. Y que éste se llamaba el Co- »lombo el Mozo, á diferencia de otro que antes »había sido grande hombre por la mar. Y que »con éste navegó mucho tiempo el Almirante, »su padre, hasta que prendió cuatro galeras á

»los venecianos al Cabo de San Vicente.» (Aquí cita la autoridad de Marco Antonio Sabelico, lib. 8.^o, 10.^a Década.) «Y que con ocasión de dicha victoria, se apartó del »dicho Colombo el Mozo y se fué á Lisboa y allí se casó.»

Lo mismo vienen á decir Esteban de Garibay, D. Baltasar y Doña Francisca Colón, en el *Memorial* del famoso pleito, y D. Francisco Medina Nuncibay en su *Genealogia de la Casa de Portugal*, asegurando el primero que Colón llegó á aquel reino en 1476, cuando fué el capitán francés Coulon en ayuda de Alfonso V contra los reyes de España, y que entró á nado en aquella tierra, etc., etc.

Ahora bien; averiguado por los más diligentes críticos ¹ que aquel combate acaeció el 21 de Agosto de 1485, necesario fué rechazar el aserto, puesto que en tal fecha ya consta la estancia de Colón en España después de algunos años de residencia en Portugal. Rudo golpe para las *Historias* de D. Fernando, obra que llegó á ser declarada apócrifa cuando sólo era merecedora de la nota de poco exacta.

No llegó á noticia de los que se han ocupado del asunto que precisamente el 13 de Agosto de 1476, *junto al Cabo de Santa María*, el famoso pirata francés Coulon, el Mozo, trabó combate con genoveses y alemanes, funesto para ambas partes, puesto que ardieron galeras de unos y otros, y el pirata Coulon, desesperado, á duras penas logró escapar á Portugal. Con él iría probablemente el futuro descubridor de América. Conviene, por tanto, la descripción de este combate con la del ocurrido junto al Cabo de San Vicente, y resulta clara la equivocación general y la confusión de fechas.

La certidumbre de ser este año de 1476 el de la llegada de Colón á Portugal, sería excelente punto de partida para los que suponemos que debió nacer en 1439 ². Haciendo los cálculos, como si dijéramos, aguas arriba, llegaríamos con rara precisión á esa fecha, nueva fuente del Nilo por lo ignorada y por lo discutida. En efecto, si de 1476, año que por el milagroso arribo á Portugal escapando del terrible desastre, por el matrimonio, etc., marca un descanso é interrupción considerable en la vida de mar de Colón, descontamos aquellos veintitrés años de navegación continua de que él mismo habla, llegamos al de 1453, y quitando de aquí los catorce años que tenía cuando empezó á navegar, según afirma en carta copiada por su hijo D. Fernando, tendremos por año de su nacimiento el de 1439.

Adoptado el supuesto, cuando en 1484 llega á España tiene cuarenta y cinco años y trae consigo un hijo de ocho; se embarca para el descubrimiento á los cincuenta y tres, edad en que todavía se puede resistir lo que él resistió, sobre todo con el rudo aprendizaje de tantos años de navegación, y muere en 1506 á los sesenta y siete de su vida, edad bien conforme á la que señala el Cura de los Palacios.

La autorizada opinión del Sr. HARRISSE y los datos allegados por mi amigo C. de LOLLIS, abogan por la fecha de 1446; y yo abandonaré inmediatamente mis cálculos, sacrificando gustoso á la verdad satisfacciones, chicas ó grandes, del triste amor propio, si no me atajaran el paso, entre otros que omito, los siguientes reparos:

¹ Uno de ellos, el ilustre americanista H. HARRISSE, que bien pronto hizo notar la contradicción entre la fecha del combate del Cabo de San Vicente, 21 de Agosto de 1485, y la residencia de Colón en España, anterior á este año. Afirma, sin embargo, que el combate de 1476 se verificó junto á Chipre.

² Así lo creen los ilustrados editores de las *Cartas de Indias*, que escriben: «Colón nació hacia 1439. A los catorce años empezó á navegar á las órdenes de dos Almirantes de su apellido, hasta que en 1476 pasó á Lisboa, donde estaba su hermano Bartolomé. Navegó luego á Inglaterra, costas de Guinea, islas de España y Portugal y al Norte hasta más allá de Islandia, y en el intermedio de estos viajes casó con Felipa Muñiz, viniendo á España en 1484.»

El Cura de los Palacios, que tuvo hospedado á Colón en su casa, dice que murió de cerca de setenta años; luego por esta cuenta nació en 1436. La del año siguiente señala como fecha del nacimiento Pedro Mártir. HARRISSE se inclina á la de 1446, y lo mismo mi buen amigo Cesare de LOLLIS en su excelente libro que acabo de recibir, intitulado *Cristoforo Colombo nella Leggenda e nella Storia*. Razones de peso alega en favor de su opinión; pero aún quedan en pie graves contradicciones que luego señalaré.

Primero. Según el mismo Sr. HARRISSE, la expedición á Túnez, adonde envió el rey René á Colón, no pudo ser sino en 1461, y entonces éste, nacido en 1446, tenía quince años; edad bien impropia para mando tan importante.

Segundo. El señor de LOLLIS señala la fecha de 1501 á la carta de Colón á los reyes Católicos, donde dice que ya hacía más de cuarenta años que andaba navegando; pero según HARRISSE, esta carta no está fechada; con lo cual el cálculo queda en el aire.

Tercero. Si nació en 1446, cuando llega á España tiene treinta y ocho años, y cuarenta y seis al salir para el descubrimiento; edades relativamente juveniles que no convienen con las descripciones que sus contemporáneos hacen de su persona.

Finalmente, la fecha de 1500, en que el señor de LOLLIS fija la muerte de DOMENICO, padre del Almirante, suscita terribles dudas. ¿Cómo el hijo, ya en el colmo de su gloria, prescinde de tal modo de su padre, que no sólo no procura hacerle testigo de ella, sino que le deja morir pobre y olvidado en su tierra, sin recordarle una sola vez en sus cartas á la memoria de sus protectores, contentándose con el platónico desahogo de la imposición del nombre á la isla Española? ¿Tendrán razón los que le suponen muerto en 1456?

Que Colón navegó con piratas, y no con mercaderes, durante aquellos veintitrés años, si no lo hubieran afirmado muchos, entre ellos su propio hijo, casi podría deducirse de las mismas palabras del Diario de á bordo, con fecha 21 de Diciembre de 1492: «Yo he andado por la mar veintitrés años, *sin salir de ella por ningún tiempo que se deba descontar*, y visto todo el Levante y todo el Poniente, y he andado la Guinea,» etc. Los tratos del marino mercante exigen seguramente salir del mar en veintitrés años cantidades de tiempo bastante apreciables para poder ser descontadas de aquel largo período; sólo el pirata es el que, como el ladrón del poblado, huye sin cesar de las costas y tiene que vivir constantemente á bordo. Las pocas veces que salta en tierra para sus correrías ó para esconderse son tan rápidas, que, por inapreciables, no constituyen tiempo *que se deba descontar*. Claro está que después de aquella fecha siguió navegando; pero, á mi ver, con la citada frase quiso referirse al tiempo de su juventud, que pasó, como si dijéramos, de un tirón sobre el mar, y en que las especiales condiciones del trato pirático le obligaron á desembarcar raras veces.

Y que aquellos piratas fueron los Colones, padre é hijo, naturales de Gascuña y Almirantes del rey de Francia, se desprende de la carta de Colón al ama del príncipe, donde dijo: «que él no era el primer Almirante de su familia», dando por cierto un parentesco no comprobado; del capítulo I de las *Historias* de D. Fernando: «Y querían que yo hiciese mucho caso de aquellos dos ilustres Colombos, sus parientes, de los cuales el Sabelico describe una grande victoria contra los venecianos»; y por último, del tan citado pasaje:

«A mí me sucedió que el rey Reynel, que Dios tiene consigo, me envió desde Marsella á Túnez para que yo tomase la galeaza Fernandina, y llegados cerca de la

»isla de San Pedro, me dijeron que con la dicha galeaza había dos navíos y una carraca, por lo cual se turbó la gente que estaba conmigo, y determinaron de no pasar adelante, sino tornarse atrás á Marsella por otra nao y más gente. Y yo, viendo que sin algún arte no podía forzar su voluntad, mudada la punta del bussolo, etc.»

Admitidos estos hechos, no es aventurado adivinar que bien pronto y con frecuente predilección visitaría las costas de Portugal, y sobre todo las de Guinea, como que aquí estaba la fuente del oro, de las ricas especierías y del comercio de esclavos, tan productivo, con más, la misteriosa puerta cerrada, paso para futuros descubrimientos soñados por todas las ambiciones. Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, y Barrow (*Voy. in to the Arct. Regions*), afirman que Colón desembarcó en Guinea en época anterior á su llegada á Portugal, ó sea, antes de 1476. En su Diario de á bordo él mismo asegura haber estado en Guinea, donde había visto sirenas.

A semejanza de lo que más tarde hacían ingleses y holandeses apostándose en la carrera de nuestras flotas para apoderarse de las riquezas que traían de América, no es dudoso que los Colones, así como los marinos de Palos y del Puerto de Santa María, según veremos luego, arrancarían con frecuencia de manos de los portugueses los ricos cargamentos de oro, especiería y carne humana que tanto les producía¹, además de apoderarse en sus entradas por las costas de Guinea de aquellos desdichados azanegas, pusilánimes y fácil presa cuando se alimentaban en su país exclusivamente de peces; duros para el trabajo cuando después los alimentaban con pan.

Si, pues, el medio ambiente en que se desarrolló la juventud de Colón fueron las duras escenas piráticas y el despiadado comercio de carne humana, poca violencia hay que hacerse para explicarse que el rey Católico haya escrito refiriéndose al Almirante: «Para él los vecinos y naturales de la isla Española no eran vasallos, sino esclavos»; ni que «constase é pareciese que de fecho é contra derecho, el Almirante Don Cristóbal Colón injustamente hiciese ahorcar é matar ciertos hombres en la isla Española, é que les tomase sus bienes, de cuya causa el rey é la reina Católicos... se movieron á le mandar venir á esta corte, detenido, é le quitaron los oficios de virey é gobernador»².

¿Cómo ha de extrañar tampoco que en su primera carta á los Reyes, fechada en Canarias á 15 de Febrero de 1493, exprese con tanta naturalidad su pensamiento acerca de la esclavitud con estas palabras: «Ni son negros como en Guinea... Y lignaloe cuanto SS. AA. mandaren cargar; y esclavos, cuantos mandaren cargar,» añadiendo, para anticiparse á los escrúpulos de los Reyes: «é serán de los idólatras?»

Y ahora, valga la verdad, y dígase con franqueza, quién mira más por la honra de Colón, ¿los que suponiéndole criado en las sedentarias tareas del tejedor, navegando largos años con pacíficos mercaderes y hasta ilustrando su mente y dulcificando su corazón con las enseñanzas de la Universidad de Pavía, le encuentran luego, sin

¹ Cien mil esclavos llegaban anualmente á Lisboa por los años de 1466, sin contar los muchos que morían en la travesía. (*Bohemian Travels*, 1466.)

² Archivo de Indias. 4.^a pieza del Proceso, 2.^a parte, folios 14 y 15 (Patronato 1-1.⁴/₂).

explicación natural para las manifestaciones de un carácter duro, ahorcando injustamente hombres y proponiendo el tráfico de esclavos, ó los que hallan la disculpa al par que la explicación de estas... energías en el medio ambiente y en los ejemplos de una juventud pasada entre piratas?

Siendo, pues, punto menos que evidente que Colón, en compañía del Coulon francés, ó de otra manera, visitó las costas de Guinea en la segunda mitad del siglo xv, tiene indudable interés la narración de tales expediciones, y aumentase éste, porque en ellas toman parte, como vamos á ver, portugueses, vizcaínos y andaluces de Palos y del Puerto de Santa María, que iban á Guinea en busca de oro, especiería y esclavos. Así se explica que en Palos hallase Colón gente dispuesta para el aventurado viaje, y se da la razón á los que han sostenido que no fueron tan grandes las dificultades que encontró para tripular las carabelas.

He aquí ahora la narración arriba citada:

Después de la muerte de D. Alvaro de Luna, Don Juan II envió sus legados al rey de Portugal á intimarle que en adelante dejara de arrogarse la facultad de recorrer los mares de Guinea y combatir á los infieles, facultad cuya exclusiva pertenecía á los reyes de Castilla y de León. La desidia castellana permitió á los portugueses seguir gozando de aquel privilegio, y apoyados en él, apresaban cuantas embarcaciones encontraban en aquellos mares.

Muerto Don Juan II, su sucesor Enrique IV reconoció vergonzosamente los derechos que el Portugués se arrogaba, pactando con él la libertad de contratación para los españoles en las costas de Guinea, mediante el pago del quinto al rey de Portugal.

Este pacto sólo sirvió para aumentar la arrogancia de nuestros vecinos, que á todo español que apresaban más allá de las Canarias, le cortaban los pies y las manos, ó le hacían morir entre crueles tormentos. Luego intentaron por tres ó cuatro veces apoderarse de aquellas islas, y aunque no lo consiguieron, de tal manera las perturbaron, que en 1476 todavía tres de las más importantes vivían envueltas en supersticiones, fuera de la religión cristiana.

Tres ó cuatro viejos pescadores de Palos, hombres resueltos y avezados á la navegación, habían castigado las crueldades de los portugueses, luchando, aunque inferiores en número, con ellos, cogiéndoles muchas embarcaciones que regresaban de Guinea, matando á los marineros y repartiéndose rica presa de oro, esclavos y esclavas ¹.

Mas á pesar de esto, como no había armada dispuesta para combatirlos, los portugueses empezaron á recorrer las costas de Andalucía apoderándose de las embarcaciones de pescadores y de mercaderes.

¹ En 1477 los marineros de Palos con 26 carabelas se dirigieron á Portugal, provocaron á combate á las gruesas naves francesas, incendiaron dos, apresaron dos carabelas portuguesas, hicieron huir á otras que auxiliaban á los franceses, y penetrando furiosamente en el cercano arrabal de la villa de Tavira, le saquearon y pelearon con gran esfuerzo con los portugueses, humillando la soberbia que sus triunfos marítimos les habían inspirado.

Resuelto á no sufrir más tiempo estos atropellos, el rey Fernando el Católico, mandó aprestar en las costas de Valencia cuatro galeras, dos de ellas del conde de Pradés, mandadas por Andrés Sonier y Jannoto Boscar, y dió el mando de todas á Alvaro de Nava ¹, encargándole la defensa de las costas de Andalucía contra las insolencias de los portugueses.

Por Septiembre de 1475 arribó la armada con algunas embarcaciones pequeñas á la desembocadura del Guadalquivir, y su llegada obligó al famoso pirata portugués Alvar Méndez á suspender sus expediciones y á proporcionar refugio á sus naves.

El animoso Alvaro de Nava fué á buscar á los portugueses á su propia casa, y entrando el 8 de Octubre de 1475 por el Guadiana hasta la plaza de Alcoutin, les mató diez hombres y se retiró á sus naves, con pérdida de uno solo, llevándose rico botín.

Desde entonces los portugueses cejaron mucho en sus ataques á nuestras costas; pero el rey Don Fernando, no satisfecho con esto, y sabedor de que en Lisboa se aprestaba gruesa armada á las órdenes de Fernán Gómez para recoger oro en Guinea, quiso al año siguiente vengar de una vez pasadas injurias y abatir el orgullo del monarca portugués, yendo á buscarla en la travesía. Faltaba en Andalucía disposición para el apresto de la armada, y para procurarla, envió á Alonso de Palencia y al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo á buscar el dinero necesario. Los sevillanos se prestaban difícilmente á facilitarle; pero al cabo la perseverancia logró que empezaran á prepararse en el Guadalquivir 30 carabelas, porque el mar de Guinea no admite las grandes embarcaciones.

Mientras se disponían, algunos pescadores de Palos, reunidos con marineros del Puerto de Santa María, armaron dos carabelas y se encaminaron á las costas más próximas de Guinea, ó sea, al país de los *azanegas*. Así se llamaban ciertos habitantes de aquellas costas, hombres de alta estatura y color cetrino, poco inclinados al trabajo y pusilánimes, por alimentarse exclusivamente de peces que cogían en las lagunas. Allí los apresaban los europeos dedicados á su caza, y alimentándolos con pan, los robustecían, cobrando ánimo con las fuerzas. Ciento veinte de aquellos desdichados cogieron nuestros marinos y los llevaron á Andalucía, contra las órdenes terminantes del rey Don Fernando de que nadie procediese fraudulentamente en el comercio de Guinea, ni se apoderara por la fuerza de sus moradores.

Animados por el éxito de la expedición, é impelidos por Gonzalo de Estúñiga, alcaide de la fortaleza de Palos, armaron otras tres carabelas y arribaron á las costas de Gambia ², con intento de cargar esclavos.

El rey de aquella región, que tenía frecuente trato con los portugueses, á quienes daba los prisioneros que hacía en sus guerras á cambio de baratijas, creyó que las

¹ Capitán mayor de los mares de sus reinos le llama Don Fernando en 20 de Mayo de 1476, encargándole sus servicios y recomendándole á Don Juan II de Navarra, al participarle que le enviaba á Génova á entender en los fechos de aquella Señoría.

² Hasta aquí había llegado en 1444 el viajero veneciano Cada Mosto en el primer viaje de exploración que hizo á la costa africana en compañía de Vicente Lago.

carabelas eran portuguesas. Hechas señales de paz por ambas partes, el rey, con algunos de los suyos, entra en la primera carabela, pregunta á quién pertenece, y la contestación en portugués le afirma en su engaño. Conviénese entonces en el cambio de esclavos por anillos de latón, adargas pequeñas, paños de diversos colores y otras mercancías que llevaban los nuestros. En celebración de los tratos, el rey hace traer para la comida de aquel día carneros y una ternera, y acepta para el siguiente el convite del patrón de las carabelas. Preséntase rodeado de gran muchedumbre y sube á la embarcación con sus hermanos, sus íntimos y los más poderosos del pueblo. Acabada la comida, el patrón le invita á visitar el interior del buque, y entonces los marineros cierran las portas y á mano armada se apoderan de ciento cuarenta nobles de arrogante figura.

Ya en alta mar, el rey, quejándose del pérfido engaño de que era víctima, vuelve á preguntar de quién eran las embarcaciones; dícnle que de españoles; quiere saber si obedecen á algún rey, y conociendo por las respuestas que eran súbditos de uno nobilísimo, dijo que tenía confianza en que le libertaría de tan inicuo cautiverio.

Al arribar á Palos, los marineros quisieron obligarle á caminar entre el rebaño de los demás esclavos; pero él se resistió y dijo que ó le llevasen arrastrando con una soga, ó á caballo, porque en su desdicha había de haber ó algo terrible ó algo noble. Gonzalo de Estúñiga, movido de las razones del rey, ó más bien, espoleado por el ansia del futuro rescate, mandó traer un caballo. Montó en él con ligereza el rey, y adelantándose á los esclavos, empezó á marchar con majestuoso continente.

Cuando el rey Don Fernando lo supo, mandó que se le restituyese inmediatamente á su patria; y como por las perturbaciones de aquellos días se retrasase el cumplimiento de la orden, envió á Alonso de Palencia y al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo á conseguir de Gonzalo de Estúñiga que pusiese en libertad al rey de Gambia. Supo aquél dilatar el cumplimiento del mandato, y sólo al cabo de algunos meses lograron los comisionados devolver á su patria al rey y á unos cuantos de los suyos, si bien no pudieron impedir que sus hermanos y los otros parientes fuesen vendidos en Andalucía como esclavos.

Aquel bárbaro conservó en su cautiverio cierta autoridad regia y demostró dignidad en el rostro, seriedad en las palabras, prudencia en la conducta, fortaleza en la desgracia, y llegado á su tierra, desplegó tal astucia para vengarse de los que le habían apresado, que á pesar de la desconfianza con que andaban, logró apoderarse de algunos y conservarlos para rescate de otros tantos parientes.

Gran pesar causaba á los portugueses la participación de los andaluces en el lucrativo comercio de Guinea, acostumbrados como estaban á ser únicos en su disfrute; y así Fernán Gómez, que pagaba anualmente al rey 60.000 cruzados de oro, ó escudos, por la exclusiva de aquel tráfico, se negó al pago, alegando la competencia de los andaluces. El príncipe Don Juan le exigió en cambio que marchase con 20 embarcaciones al mar de Guinea, adelantándose á la armada de 30 que se aprestaba en Andalucía. Hízolo así, porque los nuestros procedían con lentitud á causa de la novedad

de la cosa; porque el rey Don Fernando no auxiliaba á la expedición más que con su licencia y excitaciones, y porque más bien que á traficar con mercaderías, se dirigían á interceptar el camino á los portugueses y á apoderarse de sus riquezas; mientras que éstos, disponiendo de marineros y mercaderías, pudieron en breve darse á la vela con ánimo de traer oro, porque de especiería no había tanta esperanza, y en cuanto á los esclavos, parecía embarazoso para la expedición.

Unas diez carabelas habrían reunido en la desembocadura del Guadalquivir los comisionados del rey, cuando avisaron de Gibraltar que dos galeras portuguesas que venían de Oriente cargadas de riquezas, después de sufrir crudas tormentas, habían buscado refugio en aquellas rocas, aguardando el auxilio del pirata Alvar Méndez.

Este había prometido á los maestros de las naves reunirse inmediatamente con ellos, y ponerse á sus órdenes; pero antes quiso recorrer las costas de Andalucía, por si lograba apresar algunas embarcaciones, y durante la noche, envió en una lancha á un hombre que dijese á voces á los maestros que Alvar Méndez había cumplido ya lo prometido, puesto que llegaba de paz; pero con ánimo de reanudar luego la guerra contra los españoles.

Engañados con esto los nuestros, lanzáronse forzando velas y remos, en persecución de la armada enemiga, que iba delante. Reuníanse para combatirla, las cuatro galeras y otras tres grandes naves vizcaínas: la *Zumaya*, que era la mayor, mandada por el valiente joven Juan de Mendaro, sostuvo el peso principal del combate; las otras dos, con las galeras y cinco carabelas, salieron del puerto de Sanlúcar de Barrameda contra Alvar Méndez y las dos grandes naves portuguesas.

Mandaba las carabelas Carlos de Valera, hijo del esforzado caballero Mosén Diego de Valera, y las galeras, Andrés Sonier, en lugar de Alvaro de Nava, que, detenido largo tiempo al lado del rey, juntamente con Janoto Boscar, al volver á Andalucía, había sido hecho prisionero por los guardas del Puente del Arzobispo, sobre el Tajo, cayendo también Boscar en manos de los portugueses.

Las naves de éstos, apenas llegó Alvar Méndez, salieron en busca de las playas africanas, donde los mercaderes, en caso de un descalabro, pudieran refugiarse, porque temían el gran número de los andaluces, y la crueldad de los catalanes que seguramente habían de condenar al remo á los vencidos.

De tal modo se apoderó este temor de los genoveses que iban en la nave mayor, inexpugnable con marineros resueltos, que saltando todos á las barcas, abandonaron nave y mercancías, creyendo que las embarcaciones andaluzas se dirigían contra ella á castigarlos por haberla cargado de trigo en Cádiz, contra la prohibición del rey Don Fernando.

Maravíllanse los nuestros al ver una nave casi inmóvil en alta mar; acércanse, y ven á un alemán que, en señal de paz, ó de combate, dispara una lombarda. Suben, y hallan á un niño y al alemán, las mercaderías abandonadas, la nave sin maestro, muchas armas, y un solo soldado. Dejan en guarda de la nave á Carlos de Valera con treinta vizcaínos, corren tras las naves portuguesas, y las alcanzan cerca de la costa africana.

Aprestáronse éstas al combate. En el centro, y como baluarte de las otras cuatro, se colocó la mayor, llamada la *Borralla*, á donde subieron 500 hombres, lo más granado de la gente, de los cuales, 200 llevaban bruñidas corazas de Pisa, que habían traído para la guerra de España. De las otras dos, de segunda magnitud, una, que había ido á Pisa desde Portugal con la *Borralla*, y regresaba en su compañía, se colocó á la izquierda, y á la derecha la nave gruesa de Alvar Méndez, en cuyas carabelas, que formaban las dos alas, sólo iban patrones y marineros, porque la demás gente había subido á la *Borralla*.

Los andaluces y vascongados opusieron á ésta la *Zumaya*, no inferior á ella, y tripulada por trescientos hombres, é hicieron que las cuatro galeras y dos embarcaciones pequeñas de los vascongados, muy ligeras, la *Gaviola* y la *Salazar*, anduviesen en derredor disparando su artillería. Otras tres, también ligeras, auxiliaban á la *Zumaya* que lanzaba ya contra la *Borralla* buena cantidad de tiros.

Juan de Mendaro excitaba á los vascongados al combate, poniéndose á la cabeza de todos, y haciendo temer á los portugueses con su indómito valor el abordaje, cuando un tiro de bombardas le hirió mortalmente en el pecho.

Su muerte sumió en la desesperación á su anciano padre, llamado, como él, Juan de Mendaro, y abatió tanto á los jóvenes soldados vizcaínos de la nave, que sin el repentino refuerzo que recibieron, hubieran sido vencidos. Pero excitados por el deseo de venganza, derrotaron á los portugueses, que abandonaron las naves, y arrojando las corazas, se dirigieron á nado á la playa. Alvar Méndez logró escapar con su nave, dejando abandonadas dos de las menores. Otras dos grandes, llenas de mercancías, consumió el fuego arrojado por los nuestros, estimándose el valor de aquéllas en 200.000 ducados. Los portugueses perdieron además 100 hombres y 600 corazas de Milán. De los nuestros sólo perecieron cuatro; pero amargó la victoria la muerte de Mendaro y la conducta de Andrés Sonier, que ofreció la libertad á la chusma de su nave, si le ayudaban á apoderarse de la genovesa, con cuyo botín intentaba retirarse rápidamente á Cataluña. La falta de lanchas le obligó á volver al Guadalquivir. Allí le disputaron la nave los primeros poseedores; acudió Alvaro de Nava, y descuidando con los debates la guarda, encalló en el río y se hizo pedazos, saqueándola los encargados de custodiarla.

Con gran dificultad pudieron reunirse para la expedición de Carlos de Valera 25 carabelas, además de las tres gruesas naves vizcaínas que para defensa de las expediciones habían de situarse en el cabo de Leona, de donde no las permitía pasar la poca profundidad del mar de Guinea. Hasta para las más veloces carabelas hacía penoso el regreso á Cádiz lo violento del oleaje en aquel mar, así que, tardando á la ida unos veinte días en el trayecto de 7.000 millas, para la vuelta, sobre todo si soplaban vientos contrarios, solían emplear hasta cuatro meses. La estación mejor para navegar era el invierno, porque el mar estaba más tranquilo y los aires eran más sanos; en las otras épocas muchos marineros perdían allí la vida, y los que sobrevivían quedaban pálidos y exánimes, lo cual no impedía que volviesen una y cien veces al sepulcro del oro

La poca experiencia que de estas cosas tenían los andaluces y vizcaínos, ocasionó gran retraso en el apresto de la expedición. Sólo los de Palos, acostumbrados desde el principio de la guerra á arrancar á los portugueses los esclavos y el oro, habían aprendido tiempo hacía á navegar por aquellos mares.

Carlos de Valera tuvo buen cuidado de llevarlos en su expedición, creyendo que tropezaría en el camino con los portugueses de vuelta de Guinea. Por lo mismo los andaluces no quisieron llevar mercaderías, sino armas para apoderarse del oro, esclavos y especiería que Fernán Gómez trajese en su armada. Y así hubiera sucedido si los nuestros hubieran salido en invierno, como habían hecho los portugueses; pero la dificultad de reunir las embarcaciones, y la escasez de los útiles necesarios, hizo que pasase en preparativos la mayor parte del mes de Mayo de 1476.

Esta tardanza favoreció los malos propósitos de los magnates andaluces, que contrariaban los del rey. El duque de Medina Sidonia había maquinado mucho para que no se reuniese la armada, y cuando no pudo impedirlo, envió mensajeros al rey para pedirle la capitanía de la isla de Antonio Nolli, si la ocupaban los nuestros. No se lo negó Don Fernando, muy ajeno entonces de que aquella futura concesión pudiera acarrear daño á la expedición presente.

El marqués de Cádiz, que en secreto favorecía al rey de Portugal, además de estorbar cuanto pudo el apresto de la armada, despachó dos carabelas para avisar á Fernán Gómez de todo lo que se estaba preparando contra él en Andalucía, con ánimo de que las emplease en el combate si encontraba á las naves andaluzas, ó de que fuesen partícipes del rico cargamento en caso contrario.

D. Pedro de Estúñiga era favorable de palabra á la expedición; pero la contrariaba de hecho.

Gonzalo de Estúñiga, que dominaba en Palos, prestaba ayuda á los tiranos que le habían hecho partícipe de sus rapiñas, y con su resistencia á que los marineros de aquel puerto se agregasen á la expedición, fué causa de gran retraso.

Dióse al cabo á la vela, con rumbo á la isla de Antonio, situada en el mar Occidental, á poca distancia de los primeros cabos de Guinea.

Dió nombre á esta isla un mercader genovés, Antonio Nolli, que vivió en Sevilla con otros compatriotas suyos, y pasó luego á Lisboa, tomando parte con los portugueses en las expediciones de Guinea, y siendo muy atendido del rey Don Alonso y de D. Enrique, su tío. En una de ellas arribaron á una isla de terreno feraz, no escasa de aguas; pero deshabitada, y, persuadidos por el genovés Antonio, determinaron establecerse allí. En poco tiempo, y por industria de éste, floreció la colonia; fabricóse para sí una casa bastante sólida, y con los productos de la agricultura, que cambiaban gustosos los marineros por preciadas mercaderías en sus viajes á Guinea, se hizo rico y dió nombre á la isla.

Apenas arribaron allá los nuestros, se apoderaron de Antonio y de los demás habitantes, y lo destruyeron todo. Sabedores luego de que Fernán Gómez regresaba á Portugal con la armada portuguesa, los de Palos salieron á su encuentro, y se apode-

raron de las dos carabelas del marqués de Cádiz, cargadas de 500 esclavos azanegas. Ricos con esta presa, y con el saqueo de la isla de Antonio, negaron obediencia á Carlos de Valera, y emprendieron solos la navegación de vuelta. Los otros patrones siguieron á Carlos de Valera.

El duque de Medina Sidonia, con pretexto del señorío de la isla de Antonio, poco antes alcanzada del rey D. Fernando, exigió obstinadamente á Carlos de Valera que le entregase la persona del genovés y la presa que habían hecho. El padre de Carlos, Diego de Valera, gobernaba el Puerto de Santa María por el duque de Medinaceli, y, como caballero de noble carácter y costumbres, aborrecíanle los magnates andaluces. Contra éste, pues, dirigieron sus ataques el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia, y de tal modo molestaron á los del Puerto, que para verse libres de la persecución, tuvieron que entregarles la persona de Antonio y la mayor parte de la presa.

Así quedó frustrado el intento del rey, y los patrones de las carabelas perdieron los gastos de la expedición.

Mandó Don Fernando, sin embargo, al duque de Medina Sidonia que diese libertad á Antonio, y llamó á éste á Medina del Campo para saber de sus labios todo lo concerniente á la navegación de Guinea.

ANTONIO PAZ Y MÉLIA